

II Congreso Internacional CELEHIS de Literatura
Mar del Plata 25-27 de noviembre 2004
Universidad Nacional de Mar del Plata

Manuel Ugarte, 1900-1909: construcción de un intelectual universalista

Margarita Merbilhaá (UNLP)

Me baso en una selección de artículos de crítica literaria publicados por Manuel Ugarte hasta 1909: *El arte y la democracia* (1905), *Antología de la joven literatura hispanoamericana* (1906), *Burbujas de la vida* (1908), *Las nuevas tendencias literarias* (1909), así como su estudio sociológico *Enfermedades sociales* (1906), para analizar el modo en que examina la cultura contemporánea a su época. Pueden describirse ciertos dispositivos que permiten dar cuenta de la inscripción del autor en el paradigma positivista, al que se le suma su adscripción al socialismo. A la vez, los textos permiten reconstruir la intervención de Manuel Ugarte en los debates de los intelectuales hispanoamericanos hacia el '900, en tomo a la cultura del continente, y en tomo a la "cuestión social". Finalmente, describo cómo despliegan una concepción del intelectual afín o en consonancia con estos dos aspectos, que da lugar, por un lado, a la construcción de una imagen de intelectual con una función social específica.

1. Un examen de la cuestión social en el cruce entre positivismo y socialismo

Se sabe, el crédito puesto en la *verdad científica*, a la que se accede por la razón y la conciencia, es una de las premisas que más frecuentemente, entre fines del s. XIX y principios del XX, aparecen como valor supremo de la modernidad. En ese sentido, el lema lanzado por Manuel Ugarte: "Para la juventud no debe existir ni la historia, ni la tradición, ni los antepasados. La verdad debe bastarnos"¹, ofrece un ejemplo del modo en que hacia 1900, el paradigma positivista moldeaba a la intelectualidad latinoamericana.² Si, para el imaginario socialista jauresiano al que suscribe,³ la nueva era de libertad y Justicia estaba en puertas, es porque se creía que la humanidad había llegado a un grado máximo de desarrollo, a través del progreso y pese a los desvíos o, según una visión organicista, pese a las enfermedades que amenazaban con contaminar a las sociedades.

Así, puede identificarse en los ensayos de Ugarte un primer dispositivo ideológico recurrente, que resultaría impensable luego de la 1ª Guerra Mundial: la postulación de un clima o tendencia común que el escritor entiende como indefectiblemente alcanzados por la *humanidad*, categoría abstracta que aparece a menudo. Un clima que por las fuerzas de la historia, parece estar destinado a imponerse en América, del mismo modo que antes había ingresado al viejo continente: "...porque la humanidad avanza en saltos, devorando etapas, y no hay lugar para un matiz de transición entre el crepúsculo que muere y la aurora que se anuncia".⁴

El libro de Ugarte que presenta de manera más extensa una articulación entre sus convicciones socialistas de tipo reformista y el método positivista para reflexionar sobre

¹ Manuel Ugarte, "La juventud sudamericana", en *Crónicas del bulevar*, París, Garnier, 1903, p. 83.

² Cfr. Rama, A., Op. Cit., y Osear Terán, *En busca de la ideología argentina*.

³ La influencia de Jaurés en el pensamiento de Ugarte ha sido señalado por N. Galasso (Cfr. Bibliografía).

⁴ *Enfermedades sociales*, op. cit., p. 197.

aspectos de las sociedades contemporáneas es *Enfermedades sociales*⁵, su primer ensayo sociológico. Es el único libro del período que responde a un plan sistemático, sin compilar intervenciones varias. Su análisis puede resultar interesante pues allí Ugarte presenta un panorama de la sociedad francesa a través de matrices organicistas, a la vez que introduce en una de las partes que componen el estudio, una comparación con España fundada en la necesidad de indagar el mismo problema en "el alma de nuestra raza". La elección del objeto presupone la existencia de una crisis en las sociedades modernas,⁶ que se presenta metafóricamente como homóloga a dos tipos de enfermedades, "ofensivas o simplemente esterilizadoras". El tono cientificista deja entrever que quienes están en condiciones de detectar los síntomas susceptibles de dañar, frenar, desviar una evolución sana no son otros que los intelectuales, suerte de sabios que operan como el epidemiólogo o el científico, más que como el médico, indagando en los orígenes y acaso profetizando la decadencia.

La confluencia entre el positivismo como método y el socialismo como principio, dogma o moral nueva que orienta el sentido de la perspectiva cientificista sobre la sociedad, recurrente en la ensayística de Ugarte, da la pauta del modo hegemónico de funcionamiento de la ideología positivista aún en pensadores opuestos a concepciones políticas conservadoras.

Tal vez una de las operaciones más llamativas del libro sea que entra en diálogo con obras de latinoamericanos claramente anclados en un positivismo de derecha (*La transformación de las razas en América* (1899) de Agustín Álvarez, *Manual de Patología Política* (1889), de Juan Álvarez, *Continente enfermo* (1899) de César Zumeta, acaso con *Ariel* de Rodó (1900), y con *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge⁷, para sostener que las enfermedades sociales son producto de un estado alcanzado por la civilización en su etapa capitalista y hacer hincapié en el carácter universal de los fenómenos, más allá de las regiones del planeta:

"Hemos reducido nuestro campo de acción a un solo país, convencidos de que en estas épocas de intercambio y de nivelación, en todos los pueblos existen, más o menos acentuados, los gérmenes de los mismos males y de las mismas virtudes: que, al fin, la humanidad es una en su esencia y en sus resultados"

"En todas las naciones vemos las mismas enfermedades sociales y en todas apuntan iguales tentativas de redención".⁸

De alguna manera, también Ugarte aborda la "cuestión social" que, tal como lo analizan Patricia Funes y Waldo Ansaldi,⁹ se encuentra en la base de las preocupaciones de los intelectuales latinoamericanos en tanto la complejización de las sociedades, efecto inevitable de la modernización económica, requería una redefinición del rol de las élites gobernantes y de las instituciones del Estado-nación. Pero al hacerlo, contrariamente a muchos de sus contemporáneos cuyos libros mencionamos, Ugarte no ubica el origen de los males en rasgos específicos y factores inherentes a las sociedades latinoamericanas (como las diversas "razas" del continente, o el mestizaje) sino en tendencias universales. Mediante un discurso claramente higienista, en el que la ciencia funciona como modelo de interpretación total,¹⁰ el

⁵ Puede decirse que la mayor parte del libro fue escrito por los mismos años, pues la conclusión que lo cierra está fechada en abril de 1906.

⁶ Al respecto, Patricia Funes propone Tesis doctoral (inédita) que los ejes sobre los que giran los debates de los intelectuales desde fines del siglo XIX son la idea de modernidad y la de crisis.

⁷ Cfr. O. Terán, Op. Cit., cap.2.

⁸ *Enfermedades sociales*, Op. Cit., pp. 11 y 23 respectivamente.

⁹ Funes, P. y Ansaldi, W., " Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano", mimeo, 2004.

¹⁰ Así define Ugarte la función de la ciencia como subsidiaria de la nueva etapa en la civilización: "La moral vetusta basada en proposiciones inexactas y apoyada por rancios silogismos está en innegable contradicción con nuestra época experimental, en que la ciencia destruye día a día lo que aún subsiste de las interpretaciones ingenuas en que se

ensayista señala las intoxicaciones, malformaciones y demás patologías modernas que acechan universalmente a las naciones, debilitándolas (provocándoles anemia, llegamos a leer), aunque sea en grados desiguales. Ahora bien, se excluye toda idea de superioridad de una raza sobre otra. Esto prueba que, aún en un pensador de concepciones liberales, en un sentido amplio, y socialistas, la noción positivista de raza funciona como un instrumento de análisis que está anclado en el sentido común científicista pero no se convierte en principio explicativo para justificar la exclusión de grupos sociales dominados. Entonces, la rectificación que implica la insistencia del autor en que se trata de fenómenos presentes en todas las naciones está destinada a refutar las interpretaciones radiológicas de los fenómenos sociales contemporáneos. Ugarte los rastrea con un coherente patrón organicista (habla de enfermedades, intoxicación, profilaxia y prevención) en los aspectos más diversos de la cultura: la política internacional, el caso Dreyfus cuya síntesis es rigurosa y clara, las tendencias experimentales de la literatura "alta", y la cultura popular. Prueba de su intención de refutar ciertas interpretaciones que circulaban en los estudios sociológicos europeos -pero también latinoamericanos- es la siguiente afirmación, que Ugarte realiza al pasar, cuando se encuentra analizando los factores que dieron lugar a la derrota de la Rusia zarista frente al ejército japonés:

"Esto [las cuatro enfermedades sociales -régimen opresivo, corrupción administrativa, optimismo enfermizo y burocracia- que disolvieron el régimen imperial ruso] es un hecho que tiene que hacer meditar a los sociólogos, porque establece de una manera indiscutible una especie de escalafón de valores dentro de la movible uniformidad de la vida, y porque desmiente el prejuicio semi-científico de las razas inferiores"(p. 49-el subrayado es mío).

No cabe duda de que el texto toma como interlocutores a los intelectuales (entre los que debe incluirse a los latinoamericanos).

2. Por una Internacional del pensamiento

"Si cada uno de nosotros se alejase de la plaza pública alegando tareas especiales, ¿en manos de quiénes abandonaríamos el alma de la nación? Hasta hace poco, los intelectuales se confinaron en la sombra, afectando cierto ingenuo desdén por todo lo que tocaba a los asuntos del Estado".¹¹

En lo abordado hasta aquí, algo ya se puede inferir acerca de la concepción de intelectual implicada en el pensamiento de Manuel Ugarte. De un modo general, pueden señalarse dos aspectos que conciernen a la construcción de una imagen de intelectual. El primero gira en torno al rol asignado a los intelectuales en la sociedad, el segundo concierne a la relación con la tradición cultural de Occidente, que Ugarte va delineando de un libro a otro.

En el epígrafe que introduce este apartado, la autodenominación de esta figura en términos de "los intelectuales" tiene un alcance claramente político, Estos se ven revestidos de una función social específica, la de profetas o guías, y se consideran como pensadores y escritores a la vez. Como tales, son los más aptos para traducir estéticamente y dar forma a la

complacieron nuestros padres, y en que nuestra actividad interrogativa va precisando por medio de deducciones y acercamientos, la verdadera esencia y la exacta finalidad de las cosas", Ibid.,p. 147.

¹¹ "A los lectores", *El arte y la democracia*, op.cit, p.V.

nueva era, que ha dejado atrás estados sociales marcados por una desorientación moral en las manifestaciones literarias. Resulta evidente, también en este aspecto, la filiación evolucionista de esta concepción, como surge del balance del modernismo español que Ugarte incluye en *Las nuevas tendencias literarias*:

"De suerte que, a una época de depuración y de razonamiento, tiene que corresponder una literatura severa, universal y humana".

"Vamos hacia un estado en el que el escritor será el verdadero conductor de las colectividades. La verdad es belleza en acción, y debemos derramar belleza sobre la vida. Somos las partículas más vibrantes de nuestra época y tenemos que expresar y traducir en sueño sus verdaderas inquietudes".¹²

Así, Ugarte resignifica el valor de lo moderno en tanto lo despoja de todo sentido de innovación o experimentación formal, acercándolo a su valor de actualidad. Por eso llega a relegar el modernismo hacia el pasado, tildándolo de vetusto, y a esgrimir así el argumento de que:

"Encarando el porvenir, me parece que lo menos que se le puede pedir al 'modernismo' es que sea moderno y que traduzca las inclinaciones que sacuden el corazón de nuestros contemporáneos. La especie ha tomado posesión de sus músculos y está haciendo un esfuerzo prodigioso para destruir lo feo y lo malo (que son rezagos de la barbarie) (...) y realizar al fin sus luminosos destinos".¹³

Cabe subrayar que, una vez más, esta concepción del intelectual se aleja de toda posición autónoma puesto que lo bello se define con términos y nociones provenientes de otras esferas del saber: las ciencias naturales (en tanto el arte debe aspirar a "la verdad", "la vida", es decir, la naturaleza) y la política. Ésta es una constante en el pensamiento de Manuel Ugarte, al punto de que la encontramos bajo diversas formulaciones en la década en que publica estos artículos.¹⁴ Esto resulta fundamental para su proyecto creador, a tal punto que por esos motivos entablará una polémica con Darío desde las páginas de *El Heraldo* de Madrid en tomo a la cuestión del arte social. Es más, en 1907, *La Nación* había rechazado su artículo "Las razones del arte social", que será publicado finalmente en *La lectura* de Madrid.

En los fragmentos citados más arriba, también puede leerse el tono general y especulativo con que se reflexiona acerca de los intelectuales, a partir del cual puede ceñirse el segundo aspecto que atañe a la concepción de los intelectuales en relación con la tradición del pensamiento occidental. Ugarte construye una posición que resulta particular, tal vez algo anacrónica por su filiación romántica, en tanto el intelectual aparece como un sujeto capaz de situarse más allá de las nacionalidades. De este modo, interpela la cultura europea desde dentro y no en base a una relación subalterna. No se trata siquiera del cosmopolita que establece una relación de cita con el texto de la cultura, puesto que puede vivir por encima de las fronteras, en una verdadera perspectiva universalista. En efecto, Ugarte no actúa importando teorías europeas sino que se piensa como parte del pensamiento de Occidente. Aún cuando se encuentra discutiendo la oposición entre la cultura de los "pueblos anglosajones" y la de los latinos, no se detiene a pensar en la especificidad de los latinoamericanos en el orden intelectual y artístico y sostiene en cambio que

¹² En el artículo "El 'Modernismo' en España", op.cit., p.49.

¹³ Ibid., p. 49 -el subrayado es mío-.

¹⁴ En *Visiones de España*, dice por ejemplo: "Debemos todos hacer hoy, a nuestra vez, la síntesis de la vida y la belleza. Debemos bajar al fondo de nosotros mismos y tratar de encontrar allí el resumen del mundo, para expresarlo después en una forma hermosa, que será universal y eterna porque será humana" (p. 158).

"...lejos de pretender para la raza latina el monopolio de la luz, afirmamos que el sol alcanza a todos y se ve desde todas partes. Los grandes pensadores y los artistas más altos, son un producto de la cultura universal y pueden nacer en cualquier comarca, dado que con el espíritu viven en el mundo y son contemporáneos de la humanidad"¹⁵.

En el gesto de modestia ("lejos de pretender...") puede verse hasta qué punto se considera como perteneciente, sin distinciones, a la "raza latina"¹⁶. Subyace la idea de que el destino de los intelectuales se define en la cifra de la atmósfera de su época y en la puesta en forma del "espíritu de la humanidad", por eso su imagen es indisoluble de la del poeta. En tanto tales, son capaces de circular por encima de las fronteras, de modo que importa poco que los latinoamericanos sean recién llegados. Más aún: si, para Ugarte, como ya he señalado, la tradición se piensa como traba, atadura, *costumbre*, resulta una ventaja no poseerla y urge, en cambio, alcanzar las ideas más actuales. Entonces, puede entenderse que este carácter universal dado al intelectual sudamericano sea una vía para realizar efectivamente la modernización cultural o el ingreso a la nueva hora pronosticada para la *humanidad*. Esta solución consiste, en otras palabras, en asignarle la tarea de recuperación del tiempo perdido, imaginándolo como componente de la modernidad literaria y política de Occidente, en el nuevo siglo. Así se entiende que Ugarte acerque, sin confrontarlos, los destinos de España y América, más si tenemos en cuenta que esto se había reavivado por la guerra entre España y Estados Unidos por Cuba, durante la cual Ugarte había apoyado a la primera:

Ahora bien, este modo de relacionarse con la cultura occidental no redundaba en una negación de las especificidades regionales. Ésta será una preocupación creciente, como lo muestra el hecho de que en dos de los últimos libros de la década sobre asuntos literarios, exista una mayor referencia a los asuntos literarios locales. Así, en el "Prefacio" a su antología *La joven literatura hispano-americana*, Ugarte se propone realizar una breve historia de la literatura sudamericana poscolonial, con la misma idea según la cual su generación, posterior a los primeros modernistas, había alcanzado una "asimilación equilibrada" de las tendencias estéticas experimentales europeas. Por eso dicho ensayo se cierra con la enumeración de las características de la literatura reciente que no puede sino leerse como un programa: libertad lingüística "abierta (...) a todo lo moderno", la "preocupación por las cuestiones sociales", el "culto por los grandes autores", creadores de "literatura normal" y la "tendencia a utilizar como elemento de arte *européo* los asuntos nacionales". Progresivamente, la descripción -de la historia literaria- abandona el aspecto informativo, explicativo para convertirse en una argumentación en contra del decadentismo. El estudio parece alejarse de su objeto para convertirse en una expresión de deseo del autor: lo que espera de la joven literatura.¹⁷ Hacia el último apartado, el ensayo se torna cada vez más retórico y, con cierto tono profético, anuncia con euforia que el terreno ya es propicio para el triunfo universal de la literatura sudamericana:

"Nuestra intelectualidad naciente que, como guía que será del pueblo de mañana, debe llevar en sí los gérmenes y los elementos de una conciencia nacional depurada y vigorosa" (p. XX).

¹⁵ *Enfermedades sociales*, op. cit., p. 22 (El subrayado es mío).

¹⁶ Esto se relaciona como el análisis que hace Ángel Rama del modo en que los modernistas habían realizado una "reinscripción de lo peculiar americano dentro del discurso intelectual europeo" (*Las máscaras democráticas...*, op.cit., capítulo V y en particular, p. 151).

¹⁷ Esto se acerca a la tesis de Rama según la cual Ugarte opera un deslizamiento que hace que atribuya a su generación, rasgos que fueron propios de la generación anterior. Puede ser objeto de otro trabajo releer este Prefacio a la luz del análisis de Ángel Rama en *Las máscaras democráticas del modernismo*, op. cit., cap. II. También allí ve Rama el carácter construido de algunas afirmaciones de Ugarte. Rama habla, en este sentido, de "deslizamiento" realizado por Ugarte, de la ruptura cultural de las letras americanas, que va desde los primeros modernistas (La "Cultura democratizada") hacia la Generación del '900 (que corresponde al 3er periodo situado por Rama, el de la "cultura modernizada internacionalista").

Es en el teatro que Ugarte la rastreará: la reflexión que realiza Ugarte sobre las manifestaciones del "alma de una región" parece entrar en otro orden de cosas, que no implica una contradicción respecto de la perspectiva del intelectual universal. Dar forma a lo regional, es indagar en lo "profundamente criollo", como puede verse en "El teatro criollo", ensayo incluido en *Las nuevas tendencias literarias*, en el que traza la evolución del teatro rioplatense y termina examinando los rasgos esenciales de la obra dramática de Florencio Sánchez para acceder al *espíritu* del teatro local, pero también a las condiciones sociales de su producción y de su recepción.

Para concluir, puede decirse que la atención puesta en la literatura sudamericana no se contradice con la función universalista otorgada implícita y explícitamente a los intelectuales. En efecto, lo que Ugarte se propone cuando la estudia es rastrear las tendencias más modernas de la cultura como proceso social, pues en ello reside el elemento dinámico de las jóvenes sociedades latinoamericanas, que contribuye a insertarlas definitivamente en la orientación de la humanidad hacia el progreso moral y colectivista, una utopía social y política que la Gran Guerra vendrá a erosionar. Manuel Ugarte realiza, a través de sus ensayos, la tarea de evaluar en Europa o en América (el lugar da igual, todo dependerá del caso), el modo en que los pueblos y su cultura avanzan, con sus peculiaridades, hacia la superación de sus destinos sociales. En sus términos, nadie sino los intelectuales, con su saber y su sensibilidad, puede guiar mejor esa orientación y dar forma estética a las manifestaciones de la cultura de su pueblo.